

PARIS: ENTRE LA CULTURA Y EL INDUSTRIALISMO

París es la ciudad del libro. En cada esquina hay una librería con las últimas novedades literarias, o con las últimas ediciones de bolsillo divulgadoras del psicoanálisis, del desarrollo en la mujer, de la manera de hacer el amor o de los clásicos en filosofía, historia o política.

Quedo sorprendido al leer las cifras vendidas, que producen vértigo, de los autores más leídos, como Françoise Sagan, Pierre Daninos, Jean-Paul Sastre o Albert Camus. Su número se cuenta por millones de ejemplares, cuando en España —por lo regular— queda en unos cuantos miles.

Un amplio número de ciudadanos se interesa por todo en el país galo. La última obra de Ashley Montagu —antropólogo bastante más profundo que el conocido en España Desmond Morris por su *Mono desnudo*— se edita en ediciones de bolsillo con cifras que a nosotros se nos hacen increíbles. Un psicólogo divulgador como Pierre Daco, que publica en las populares ediciones Marabout, ha llegado a cifras de 160.000 ejemplares con su manual de psicología en pocos años. Y André Frossard, con sus confesiones, dudosamente interesantes, sobre su creencia en Dios, ha alcanzado 200.000 ejemplares en pocos meses.

Y esto a pesar de encontrarnos ya en un mundo que, como muy bien ha diagnosticado el sociólogo americano Mac Luhan, es el mundo *post-literario*, porque los medios de comunicación de masas (televisión, radio, cine y publicidad) son el vehículo de ideas y de creación de deseos más eficaz hoy, y más difundido.

Son tan efectivos estos medios de masa que la película de Buñuel *La Voie Lactée*, de tanto éxito en Francia y en Inglaterra, y que allí vimos, es un claro ejemplo del poder de la imagen. Sin ella nadie hubiese podido asimilar los textos —indigestos textos— de historia o de teología tradicional que forman el entramado del diálogo cinematográfico de este portentoso film. Las herejías que ha habido a través de la historia quedan plásticamente simbolizadas, y las palabras textuales de condenaciones eclesiásticas, o de exposición teológica sospecha —expresadas en idioma difícil e indigerible— quedan fácilmente comprendidas y asimiladas, atrayendo nuestra firme atención, precisamente porque el símbolo imaginativo es vehículo de las mismas.

Su enseñanza se resume en bien pocas palabras: los textos condenatorios o de exposición de herejías no son combatidos en la película, ni mucho menos; su fuerza queda anulada o aminorada, simplemente al comprenderlos hoy, porque el contexto cultural que vivimos ahora es completamente diferente del de aquellos tiempos, no tan lejanos de nosotros; y, en cuanto se comprenden, a la gente de nuestra cultura apenas dicen nada. Esa es la tragedia de los consecuentes y convencidos conservadores como Ottaviani, el Cardenal que escribe al Papa para señalar los errores que ha cometido el Pontífice romano aprobando el nuevo misal, y que no recibe ni réplica ni contradicción directa y oficial de nadie; porque queda para la historia su postura, como algo que ya no nos dice nada.

Y, sin embargo, por otras razones completamente distintas, la civilización occidental —o, mejor dicho, industrial—, combatida tan duramente por Marcuse, es francamente criticable. Si el paso que el hombre ha dado en nuestro tiempo técnico-científico es de gigante —hay que reconocerlo—, este paso es todavía muy insatisfactorio, y hasta —podríamos decir— especialmente peligroso de cara al futuro humano.

Yo lo simbolizaría en dos espectáculos que vi en París y que, por supuesto, no son expresivos de lo que era hasta ahora —y en parte sigue siendo— típicamente parisino, sino más bien de nuestra civilización industrial. El uno es el elegante «night-club» *Craze Horse Saloon*. El otro en la película política, con diálogo de Jorge Semprún —galardonado este escritor por su última novela con el premio Fémmina de literatura—, titulada «Z».

El «night-club» a que me refiero es un local «snob», con artistas norteamericanas en su mayor parte. El lugar —que nos

había sido recomendado (¿cómo no?) por un español de la alta clase— era expresivo: en un espacio para un centenar de personas llegamos a amontonarnos cerca de cuatrocientos. Sin duda, no se puede ser de «buena» clase en estas diversiones occidentales, si no damos codo con codo y nos apiñamos hasta la asfixia, y lo hacemos, además, por medio de un espectáculo que nos impide pensar, y que juzgado artísticamente no representa nada que sea verdaderamente humano.

Otros espectáculos parisinos tienen «sprit» ciertamente, la mayoría todavía; pero éste es presentado como el que más corresponde a nuestro elegante occidentalismo de la mejor nota.

Tras una prolongada espera, en un miniescenario, empieza la representación. Se oye primero una música ensordecedora de los años del Far-West, imitando los ruidos de sus trenes incipientes y sus silbidos de locomotoras —del tipo que nosotros de pequeños llamábamos *chocolateras*—, y aparece una lista, sin gracia, de actrices, que nos presenta en película a las artistas que van a actuar en la realidad. Todavía no las vemos de carne y hueso, sino sólo en la pantalla.

Después de este «suspense» más que incitante cansado, tanto por causa de la situación incómoda de los que allí estábamos, como por el ingenuo procedimiento, sale, por fin, la primera actriz. Focos pálidos, apagones intencionados, posturas variadas; en un palabra, *puro automatismo*. Y tras la primera, la segunda, la tercera y la... «enésima», que —con un poco más de intensidad— repetía, si no la escena, al menos la pantomima automática.

La luz daba a los cuerpos un color blanco-livido muy parecido al de un cadáver. Los movimientos, estereotipados, sin dinamismo ni vitalidad. Las canciones, a través de un micrófono superpotente, ausentes de todo calor humano y de toda intimidad, a pesar de la cercanía física a las artistas.

En una palabra; no sabíamos si era aquello un espectáculo de *strip-tease* o un teatro de marionetas desnudas —parecidas a maniqués de cera sin color— que fuesen cadáveres movidos por hilos, como los muñecos sin vida de cualquier famoso marionetista.

Lo sexual se había unido extrañamente, en nuestra impresión, con el recuerdo de lo muerto y sin vida. ¿Por qué asombrosa aproximación se habían unido plásticamente los antagónicos instintos del placer y de la muerte, que descubriera Freud en el hombre que vive nuestra cultura?

Toda nuestra civilización industrial estaba allí representada: el gasto sin sentido; la diversión como embotamiento humano; la esclavitud dorada de estas actrices atadas al sacrificio de conservar en forma sus cuerpos, sin gracia cálida ni humana; el automatismo de nuestro arte «snob»; la hipocresía de ocultar parcialmente —muy parcialmente— la exhibición de aquello que se considera demasiado digno. Eso es nuestra civilización: la de la competencia egoísta, la esclavitud del automatismo y el goce poco humano.

Y «Z» nos presenta —como contrapartida de lo anterior— otra hipocresía: la de las aparentes democracias de hoy. El que tiene la fuerza vence en ellas, con sus artimañas y maniobras, primero, y, cuando parece que la nobleza humana va a superarla, viene después el hecho consumado que restablece la cómoda seguridad y el conformismo hábilmente manejado, y todo a cambio de la auténtica libertad que se escamotea. Porque sin que se libere el hombre —y al hombre— de las muchas servidumbres de nuestra civilización contemporánea, no se puede obtener, ni con las palabras ni con el juego inhonesto de una acción política, esa libertad. Y por eso se la cambia por sustitutos que la falsean, tranquilizando, no obstante, a la masa en su egoísmo cómodo.

Ese es el balance de nuestro viaje a París, que, según vimos, pierde en parte su «sprit», porque el americanismo industrial entra en la *Ville Lumière* hasta en un *strip-tease*, que es el más elegante de la ciudad. América, la América del potente capitalismo monopolista, de la fabricación hábil de hombres consumidores, de la «automación» humana, se va introduciendo en las entrañas de todo, para que —al final— se viva la dorada esclavitud de un nuevo y «snob» panem et circenses. Francia, todavía bastión de la cultura, empieza a caer en las redes del hombre «post-literario», del hombre fabricado a medida del hipnotismo de los grandes medios de comunicación de masas, de los «mass-media».